

**PREMIOS LITERARIOS
“SANT JORDI” 2016**

INS. XXV OLIMPIADA

**DEPARTAMENTO DE
LENGUA CASTELLANA
Y LITERATURA**

23 de abril de 2016

Índice

1- PRESENTACIÓN

2- TEXTOS PREMIADOS:

2.1- PRIMERO Y SEGUNDO DE ESO

2.1.1- POESÍA:

Primer premio: Jin Wu, *Una máscara, anónima.*

Segundo premio: Katherine González, *Un sueño.*

2.1.2- PROSA:

Primer premio: Laia Marcè, *Terror a medianoche*

Segundo premio: Elena Rivero, *Un día de lluvia*

2.2- TERCERO Y CUARTO DE ESO

2.2.1.- POESÍA:

Primer premio: Evelyn Alejandra Güiña, *Embriaga mi cuerpo con besos.*

2.2.2- PROSA:

Primer premio: Ana Grañena, *Pesadilla*

2.3- BACHILLERATO

2.3.1 - POESÍA:

Primer premio: Ángel Castelló, *Atrapa el águila.*

Segundo premio (ex aequo): Mar Bádenas, *Ojalá tú, aquí y ahora.*

Segundo premio (ex aequo): Alba Reyes, *Décima de repente.*

2.3.2 - PROSA:

Primer premio: Alba Reyes, *Mailena.*

Segundo premio: Ángel Castelló, *Pesadumbres.*

2.4.- PADRES:

Primer premio de poesía: Joan Peloché Labrador, *Amé ya entonces los silencios.*

Presentación

Barcelona, 23 de abril de 2016

Aquí os presentamos los textos ganadores.

En ellos hallaréis palabras que expresan amor, dolor, tristeza, esperanza, miedo...; pero, sobre todo, palabras que surgen de la imaginación y del corazón, porque es en el corazón donde nacen las creaciones que conmueven al lector.

Gracias por habernos conmovido.

Jurado 2016: Nieves López, Toni Martí, Marta Valls, Thais Via.

PRIMERO Y SEGUNDO DE ESO

PRIMER PREMIO DE POESÍA

**JIN WU, *Una máscara anónima*
(Segundo de ESO B)**

Vivo siendo apresado
por la mala realidad.
Anónimo y marcado,
perdido en la falsedad.

El suelo se me comía
y mis pecados seguían.
Cuando alzaba la mano,
cuatro rayos me caían.
Cuando la verdad decía,
ni uno solo me creía.
Después, más tarde me veía
perdido en la falsedad,
entre gente que seguía
aún sin creerme hasta el fin.

Llantos de una máscara
perdida en la falsedad.
Llantos de una persona,
aquí, junto a la soledad.

SEGUNDO PREMIO DE POESÍA

KATHERINE GONZÁLEZ, *Un sueño*
(Segundo de ESO B)

En mi rostro tu sonrisa,
que me hace brillar,
ya que es como la brisa
que te puede enamorar.

No sé qué es lo que yo siento,
no lo puedo precisar,
solo sé que no te miento
cuando te tengo que mirar.

Y es que te siento tan cerca
que te puedo imaginar,
quiero que vengas a mi vida
o te tendré que soñar.

Un sueño que no se acabe,
un sueño irreal
porque tú eres el final
y sin ti yo me duermo
para no despertar.

PRIMER PREMIO DE PROSA

LAIA MARCÈ
(Segundo de ESO A)

TERROR A MEDIANOCHE

Hace frío. Estoy cansada. Siento cómo me escuecen los ojos y mi cuerpo se hace cada vez más pesado. Los cierro lentamente con la vaga esperanza de poder dormir. Pero no puedo, algo me lo impide. Suspiro resignada y abro los ojos. Con pesadez, me levanto de la cama y me dirijo hacia la ventana. Con delicadeza abro los postigos y me asomo. Veo cómo las gotas del agua de la lluvia caen como lágrimas de dolor que lentamente van formando la más hermosa de las sinfonías. Cierro los ojos y escucho el embriagador sonido que, como siempre, dejaba mi mente en blanco y me aligeraba la opresión tanto de mi alma como de mi corazón. Sin darme cuenta sonrío melancólicamente.

No sé cuánto tiempo llevo así, pero no me importa; en momentos como este me siento como si fuera libre, como si pudiese volar y poder así rozar la luna, como si todas las cadenas que me someten y arrastran hacia la oscuridad desaparecieran dejándome ir hacia la cálida luz.

Súbitamente sonó el ruido del reloj haciendo que despertara de mi ensoñación e indicándome que ya era las doce. Cerré los postigos y me senté en la cama. Volví a sentir aquella turbadora sensación que durante muchos días me torturaba dolorosamente. Tengo miedo. Siempre lo tengo después de que el reloj suene. Con lentitud, me estiro en mi cama y me arropo. Vuelvo a cerrar los ojos. Intento dormir por quinta vez esta noche, pero simplemente no puedo, siento cómo algo desde las sombras me observa y me acecha. Como siempre, siempre a partir de medianoche.

Súbitamente una mano gélida me acaricia el rostro, pero por muy helada que esté, siento que me está quemando la piel. Se detiene, y se aleja de mí. Por un instante, un escalofrío surca mi espalda y una fría sensación me invade, advirtiéndome de un mal presagio.

–Medianoche – susurra una extraña voz haciéndome estremecer de miedo. Era un hombre, o eso creo, su voz era siniestra y macabra, pero muy fría –mañana será tu última medianoche. – En el momento que dijo eso, mi respiración cesó, mi sangre se heló y todo mi cuerpo se paralizó; solo mi mente funcionaba intentando procesar lo que esa voz había pronunciado.

Espero un tiempo para verificar que ya se ha ido. Abro los ojos. Ya no está. Se ha ido. Estoy sola. Me siento encima de la cama e intento analizar lo ocurrido. Me giro y miro la hora del reloj. Las doce y media. ¿Tanto tiempo había pasado? Sin duda, esta era la primera vez que él estaba tanto tiempo. Y la primera vez que oía su escalofriante voz.

Suena la alarma. Las siete. Como cada día me levanto y me preparo para ir al instituto. Durante un momento, observo mi rostro en el espejo, y veo cómo unas ojeras adornan mis ojos y cómo mi piel está más pálida de lo normal. No le doy importancia y bajo a desayunar.

En la mesa todos me miran, pero no dicen nada, y si lo hicieran yo no diría nada; para qué responder preguntas si no sé su respuesta. Terminé de desayunar y con pereza me levanto, abro la puerta y, sin decir nada, me marché al instituto.

Las clases siempre se me hacen eternas mientras “escucho” a los profesores, pero esta vez el tiempo es tortuosamente rápido, ya que solo puedo centrarme en aquellas palabras que dijo aquel ser y que solo vagan por mi mente. Súbitamente, la alarma suena y me despierta de mis pensamientos. Es hora de volver a casa.

Mientras camino, empieza a llover. Extiendo la mano y observo cómo van cayendo las pequeñas gotas cada vez más rápido. Cierro los ojos y escucho los relajantes murmullos de la lluvia. Un suspiro cansado y melancólico sale de mis labios. Tenía que marcharme ya.

Después de diez minutos andando, abro la puerta de mi casa, y sin saludar a nadie, me dirijo hacia mi habitación. Ya dentro, dejo la mochila en el escritorio y me siento en mi cama con la espalda contra la pared. Cierro los ojos y escucho el monótono sonido de las manecillas del reloj hasta quedar dormida.

Abro los ojos con pereza. Fijo mi mirada en el reloj y me doy cuenta de que eran ya las once de la noche. Sin darme cuenta, mis pulsaciones aumentan y mi respiración cada vez es más pesada. Una hora, solo faltaba una hora para que aquel ser viniese a por mí.

Con desesperación observo mi habitación. Las paredes oscuras, la puerta cerrada, la ventana abierta y la poca luz de la luna que se filtraba e iluminaba la inmensa oscuridad hacían lúgubre el ambiente. Vuelvo a fijarme en el reloj; las once y media. Solo queda media hora. Bajo la mirada haciendo que mi flequillo tape mis ojos que, ahora, están completamente vacíos. Mi respiración cada vez es más pausada.

Cinco minutos. Cuatro minutos. Aún no puedo creer que todo esto esté ocurriendo. Tres minutos. Dos minutos. Mi corazón late a tanta velocidad que creo que estallará. Un minuto. Me pregunto qué ocurrirá a partir de ahora. Suena el ruido del reloj. Las doce.

Súbitamente el aire se vuelve frío, casi congelado, y pesado, a tal magnitud que me cuesta respirar. Siento que desde la oscuridad ese ser me observa. De repente, una carcajada macabra sonó por toda la habitación, haciendo que mi nuca se erizase.

–Veo que te has acordado de mí– cuando volví a oír su voz, un gran escalofrío recorrió mi espalda.

Súbitamente, una espesa bruma negra apareció envolviendo mi habitación. De ella, apareció una figura.

Cuando la vi, me quedé atónita, mis pupilas se dilataron, mi corazón latía a cien; por primera vez en mi vida sentí el verdadero terror, tanto que me quedé paralizada.

Enfrente de mí estaba aquel ser que durante muchas horas me torturaba con el miedo. Su apariencia era la de un hombre de tez pálida y facciones delicadas. Tenía el cabello azabache y los ojos como rubíes. Me sonrió con soberbia y burla.

Instintivamente, empecé a retroceder pero me agarró de la muñeca con tanta fuerza que esta empezó a sangrar. Intenté liberarme del agarre con golpes, pero eso solo incitaba a apretármela más. Al final me soltó y caí de rodillas mientras contemplaba mi muñeca desangrándose. Noté cómo su sonrisa pasaba de burlesca a sádica.

Súbitamente me agarró del cuello y me alzó, mientras la oscura bruma volvía y nos envolvía a ambos. No podía ver nada, todo estaba oscuro bajo la niebla.

Cuando por fin pude ver, solo veía oscuridad y a aquel ser que, de repente, delante de mí mostró su verdadera apariencia. Un ser de dos metros, piel de color negro, de grandes alas negras como las de los murciélagos y de dos grandes cuernos. Sus dientes eran tan afilados como cuchillos. Pero lo que más destacaba de él eran esos ojos escarlatas, bañados en sangre, de mirada felina.

Empezó a acercarse cada vez más a mí, hasta estar a menos de un metro. Su sonrisa era siniestra y macabra, tanto que sentía como si sangre se congelaba. Quería retroceder, pero el miedo me paralizaba. Entonces oí cómo caían gotas al suelo, pero no había lluvia. Bajé la mirada, había un charco de sangre, de sangre que procedía de mí. Fijé mi vista en mi estómago que había sido atravesado por las garras de ese ser. Retiró su brazo de mi estómago dejando un enorme agujero que no paraba de expulsar sangre. Inmediatamente caí al suelo boca abajo. Cuando volví la cabeza para mirarlo, me di cuenta de que había vuelto a mi habitación.

El charco de sangre del suelo se hacía cada vez mayor. Estaba perdiendo muchísima sangre, lo más seguro es que me faltaran muy pocos minutos de vida. Cuando aquel ser desapareció, empecé a reír macabramente, mientras el líquido escarlata manchaba mis labios, al pensar que ese ser me dejaría al fin en paz y que por fin podría dormir sin miedo. Cerré los ojos y sonreí satisfecha. Al fin podría dormir tranquila, ya que yo nunca temí a la muerte.

SEGUNDO PREMIO DE PROSA

ELENA RIVERO
(Primero de ESO B)

UN DÍA DE LLUVIA

Era un día soleado, ni una sola nube. Estaba con mis padres jugando todo el tiempo con ellos. Saltando y corriendo, me perdí. Llegué a un sitio desconocido para mí, se hizo de noche, no había nadie a quien preguntar. Me dormí.

Al despertar noté que tenía mojada la espalda. Llovía. No había nadie en la calle, por supuesto estarían en sus casas. Fui vagabundeando por la calle y vi a un anciano que se metía en casa. Salí corriendo a su alcance. No lo conseguí. Oí que encendía la radio y escuché:

– “Impresionante accidente: un camión embiste a una pareja que buscaba a su hijo perdido hace diez minutos”.

Me di cuenta de que esos señores, ahora muertos, eran mis padres. Caí al suelo, vencido por el agotamiento, llorando desesperadamente. Levanté la mirada y entreví la figura de un Dios. Tenía una espesa barba y una enorme calva y me susurró:

–Ya sabes que no deberías haberte perdido, tus padres ahora son espíritus. ¿Te arrepientes de ello?

–Sí -dije entre suspiros.- Devuélveme a mis padres.

–Se te ve muy arrepentido –hizo una larga pausa y murmuró unas palabras incomprensibles– Nummmm, amummmm.

De repente, estaba en mi habitación. Hacía sol. Mis padres estaban en mi cama, sentados a mi lado. Me dijeron que me había quedado dormida y que aquel día lluvioso que se aproximaba podrían quedarse en casa conmigo.

Los toqué y... Eran de verdad.

Me pellizqué... ¡¡¡Me dolía!!!

El Dios ese los devolvió a la vida.

TERCERO Y CUARTO DE ESO

PRIMER PREMIO DE POESÍA

EVELYN ALEJANDRA GÜIÑA
(Cuarto de ESO A)

Embriaga mi cuerpo con besos
cálidos una vez más,
el tacto eterno de sus dedos,
de esos que dejan marca al pasar.

Brillan próximas en la sombra
unas luces sin cesar,
iluminando mi camino y mi vida:
son sus ojos, nada igual.

En la oscuridad que fue mi hogar,
al cual ella llegó y no llamó,
le di mi mano y un beso,
le di paso y, de golpe, todo iluminó.

Agradezco que entrara y me cogiera,
del brazo la suelo yo llevar,
y el día que me sienta sola
yo sé que a mi lado estará.

Estos versos, que escribo
porque me nace decir,
son para ella, porque simplemente
se los merece, sí.

Me queda decir
que yo la vida diera
por solo verla sonreír,
por cogerla de la mano
y seguir una vida así.

PRIMER PREMIO DE PROSA

ANA GRAÑENA
(Tercero de ESO A)

PESADILLA

Yo estaba encerrada en esa oscura y lóbrega habitación y lo veía todo negro. Una oscuridad tan profunda y tenebrosa como una noche de luna nula.

De mis ojos salía agua agria en vez de lágrimas, y de mi corazón sangre negra en vez de latidos. Eso era, simplemente, una horrible pesadilla en la cual yo estaba colapsada.

Los recuerdos formaban cadenas de las cuales no conseguía soltarme.

Los malos pensamientos inundaban la habitación formando una áurea horrenda que nublaba mi vista y anulaba mis sentidos.

Eso era mi fin, cualquier persona que me observara con un poco de lucidez lo habría pensado...

– “Do you know what’s fighting for?...

When it’s not worth dying for?...

Does it take your breath away...

And you feel yourself suffocating?”

(apago la alarma) Esa canción de Green Day (*21 guns*) que escuchaba cada mañana para despertarme..., nunca me cansaré de ella...

– ¡A levantarse!-Se escuchó el grito de mi madre.

¿Cómo no? Era un sueño. No una pesadilla sino un sueño, porque la verdadera pesadilla continúa ahora: la vida real.

SEGUNDO PREMIO DE PROSA

SARA AUSIÓ
(Cuarto de ESO A)

UN CUENTO PARA DORMIR

–Os voy a explicar una cosa, algo que nadie más sabe, así que deberíais sentirnos honrados. Sí, exacto, este secreto ha permanecido oculto durante mucho tiempo y por fin podrá ser desvelado por y para vosotros.

¡Acercaos, queridos, tomad asiento y poneos cómodos, porque aquí empieza lo que es el inicio de una nueva especie!

Hace mucho, mucho tiempo cuando los humanos aún no eran la raza predominante de la tierra, una oscuridad tan profunda como la boca de un lobo invadía toda la noche. Esto aterrizzaba a toda criatura... ¡Aterrizzaba incluso a las pequeñas piedras! Hasta que unos pequeños seres luminosos, cuyas alas eran tan finas como papel pinocho, aparecieron intentando socorrer el mundo, bailando así al son de la luna.

Cada día, cuando se ponía el sol y éste dejaba la tierra sometida a una negra oscuridad, aparecían de entre los grandes árboles unas criaturas; ahora las llamamos *hadas*, mas solo es un nombre falso y popular que fue pasando generación tras generación.

En aquel entonces se las llamaba *Estelas*, debido a la luz que emanaban, y es que durante mucho tiempo toda criatura viviente sentía un cierto pavor a la noche, pues solo la luna iluminaba el cielo. No había estrellas que la acompañasen a su lado.

Por eso su nombre es tal.

Cuenta la leyenda que, cada vez que una Estela moría, su luz subía al cielo formando así todas y cada una de las estrellas del firmamento...

–Abuela... ¿Quieres decir que todo lo que nos explicaban en clase era mentira?– la más pequeña de la familia preguntó aquello de una forma muy curiosa, pues cabe decir que era la más atenta de toda la familia. Siempre le habían gustado las historias que la mayor les contaba a ella y a su hermano, de alguna manera les hacía ver el mundo de una manera más mágica.

–Yo te estoy explicando una versión, ahora es tu turno saber si creer en ellas o no. Pero te diré una cosa... ¿Qué es el mundo sin esperanza? ¿Qué es el mundo sin ilusión? Hay veces que lo mejor es cerrar los ojos y creer en la magia. Y ahora, si me lo permite la señorita, seguiré con la historia...

Las pequeñas criaturas tenían un aspecto similar al de una mariposa, sus alas eran realmente hermosas, pero nadie podía verlas y vivir para contarlo. ¿Por qué? Esa respuesta es simple: la luz. Si os dais cuenta, desempeña un gran papel en esta historia. Aquel brillo dejaba ciego a todo ser que intentase observarlas por la noche por culpa del gran contraste entre el negro y el blanco... Ah, pero ahora seguramente me preguntaréis...

“Si nadie podía verlas, ¿por qué se sabe todo esto?”

Y aquí os contestaré: ¿Verdad que se cree en Dios, en Jesús y en el Espíritu Santo? ¿Verdad que cada persona tiene una creencia? Nadie de nosotros lo ha visto con sus propios ojos, pero la fe es mucho más fuerte que la razón, más fuerte incluso que muchos estudios. Dicen que la humanidad se pierde en cuanto pierdes la compasión y la fe.

Puede que, según los científicos, las estrellas sean “una esfera luminosa de plasma que mantiene su forma gracias a un equilibrio hidrostático, fuerzas y su propia gravedad” pero eso es solo una teoría. Una teoría en este diminuto mundo, con miles de personas, secretos y mentiras.

–Creo en las hadas... Digo, en las Estelas... Pero, ¿podrías explicarme algo más de ellas? Cuéntame una historia sobre esas magníficas estrellas – reposó sus brazos sobre el regazo de su abuela, esperando que esta le volviese a explicar aquellos “cuentos para dormir”.

–Claro, querida, y en este caso hablaremos ni más ni menos de la reina. Dicen que la reina era la mayor de todas, tan grande que podía tener incluso el tamaño de un humano medianamente alto. Sus ojos eran azules y grandes, tan bonitos como un mar cristalino un día de verano; su cabello rubio le caía sobre los hombros en unos finos y delicados rizos y sus labios color carmín dieron lugar a muchas otras historias sobre princesas con cabellos dorados, como podría ser Aurora, de la Bella Durmiente.

Esta preciosa estela era la encargada de cuidar de las demás, pues poseía la suficiente magia para poder hacerlas brillar durante la vida y la muerte. Vivió y vivirá durante años, en los sueños de cada niño, aportándoles luz en la oscuridad, encargándose de que nadie en la tierra mire el cielo y no encuentre unas preciosas constelaciones donde poder refugiarse.

Mas siempre le intentaron dar caza; todo el mundo quería saber más de ella, investigar y poder aportar más información a la escasa ciencia que tenemos. Por eso, muchas de las noches más puras y limpias del año, vemos en el cielo una enorme estrella que destaca por encima de las otras; es ella, intentando refugiarse de todo aquel que quiera acabar con su vida.

Ya que si algún día logran hacerlo, el cielo quedará apagado, pues todas las Estelas morirían con la reina; la oscuridad volvería a invalidarlo todo como antaño, cuando el miedo era el elemento principal de todas las vidas, por pequeñas que fuesen.

–Y ahora mi querida nieta, es hora de que te vayas a dormir. Y recuerda: mientras tus pensamientos sean sinceros, puros, y mires las estrellas desde la ventana de tu habitación, ellas velarán tus sueños, porque al igual que los humanos nos alimentamos de comida, ellos lo hacen de fe, de nuestra fe. Cree, pequeña, cree mientras puedas y no dejes que nadie ni nada te diga lo contrario.

BACHILLERATO

PRIMER PREMIO DE POESÍA

ÁNGEL CASTELLÓ
(Segundo de Bachillerato B)

ATRAPA EL ÁGUILA

“Carpe Diem”
(Horacio)

Rayos que por tu ventana penetran
de aquel diamante fogoso y radiante
y vagamente tu rostro ya encuentran...

Víctima de mirada fulminante,
acaricio tu aspecto desganado
que no ríe o sonrío ni un instante.

Y observo tu cuerpo, que, abandonado,
con el paso del Destino se apaga
sin provocar pensamiento aterrado.

Y descubro que no importa qué haga
pues la primavera es efímera
y el verano sucede en ráfaga.

No hay rosa eterna, y no serás primera,
pronto en polvo y barro tornarás
y el viento ya no ondeará bandera.

Ahí será cuando en falta echarás
el hilo dorado y las cálidas palmas,
y vida incompleta lamentarás.

Así que corre y evita las calmas.
atrapa el águila y eleva el vuelo,
que tarde o temprano sin ver empalmas
vida vacía y merecido vuelo.

SEGUNDO PREMIO DE POESÍA (ex aequo)

MAR BÁRDENAS
(Primero de Bachillerato D)

OJALÁ TÚ, AQUÍ Y AHORA

Ojalá tú, aquí y ahora.

Eres como cuando desde un avión
observas una ciudad
convirtiéndose en puntos de luz,
que ya no sabes si estás en el cielo
o si estás en tierra observando las estrellas.

Nostalgia eres tú
ahora que mis vacíos anhelan tus abrazos
y los decibelios de tus susurros
siguen retumbando en mí.

De repente sin plan previo llegas
y decides quedarte
rompiendo mis esquemas.
De repente haces que aprenda
a deleitarme con un buen té.

Nostalgia eres tú
cada vez que siento en el pecho
la inutilidad total de mis abrazos
si no pueden
abrazarte.

La muerte está detrás de tu beso
y no me interesa nada que no pueda matarme.
Me advirtieron, no hice caso.
¿Hay algún modo de salir con vida
sin ti?

Nostalgia eres tú,
querer tenerte y poder besarte
hasta perdernos
por nuestros labios.

Empiezo a temer,
por si llega un día
en que no recuerde
qué pinc(él)
hacía de mis trazos arte.

Nostalgia eres tú
cuando no encuentro más cura
para mi ansia de sentirte cerca
que tu propia presencia.

Por ese anhelo de ti,
de tus besos en el cuello,
de sentirme frágil entre tus brazos
y de perderme en tu voz...

ojalá tú, aquí y ahora.

SEGUNDO PREMIO DE POESÍA (ex aequo)

ALBA REYES
(Segundo de Bachillerato D)

DÉCIMA DE REPENTE

*“Un soneto me manda hacer Violante,
que en mi vida me he visto en tal aprieto...”
(Lope de Vega)*

Una décima me manda
Don Antonio escribir...
¡Con esta ansia de dormir
y de salir con mi panda!
Aunque el quinto verso ya anda,
el sexto va ya corriendo
y el séptimo está durmiendo,
ahora me queda acabar
y esta décima matar.
“¿Es arduo?” digo riendo.

PRIMER PREMIO DE PROSA

ALBA REYES

(Segundo de Bachillerato B)

MAILENA

Bajé los escalones de frío mármol con sigilo pero con rapidez. Debía llegar al desván sin que mi hermana Sibila se diera cuenta. Necesitaba ver qué hacía allí metida todas las noches desde que murió nuestro padre.

La verdad es que no la culpo, a ambas nos ha trastornado esa situación. Sobre todo el hecho de saber que en dos meses, cuando llegue del norte nuestro primo Alan, de su formación militar, nos veremos en la calle.

Yo siempre he sabido que ese momento llegaría, pues debe haber siempre un heredero masculino. Además, no soy la típica dama a la que todos reclaman en los bailes, al contrario que mi hermana, a la que le sobaban pretendientes. Desconozco por qué aún no ha aceptado a alguno de los hombres de buena familia que se han arrodillado con la mirada fija en sus ligeros y nevados tobillos implorando una sutil muestra de cariño, como si una leve sonrisa suya fuera un beso de la mismísima Afrodita.

El frío que sentía me hacía poner muecas, pero cuando alcancé el último escalón ya no podía preocuparme por eso. Había algo más importante: entreabrir la puerta del desván evitando el estridente crujido que emitía al girar el picaporte. Si bien es cierto que nunca antes había espiado a nadie, reconozco que mi actuación no tuvo nada que envidiar a los prestigiosos detectives anglosajones. Al llegar a la puerta la observé desafiante y me dispuse a girar con mucho cuidado el desgastado picaporte, que, para mi sorpresa, no produjo ruido alguno.

Lo que pude ver me produjo una mezcla de relajación e incertidumbre: Sibila se encontraba sentada en un mecedor de mimbre, balanceándose sutilmente. Llevaba puestas sus finas ropas de cama y la larga melena, recogida en un rodete que estaba esperando a cualquier leve movimiento para deshacerse, lucía unos preciosos reflejos dorados gracias al candil. Advertí que estaba mirando algo fijamente. Desde aquel ángulo no alcanzaba a ver su rostro ni la pared, donde deduje que se encontraba el objeto culpable de que mi hermana se hubiera levantado todas las noches durante el último mes en mitad de la noche para bajar al desván y no volver hasta el amanecer sin dar explicación alguna, razón por la que me había visto tan tentada por la curiosidad.

Esperé durante horas, buscando algún atisbo de movimiento en ella, más allá del la respiración de su pecho, pero no obtuve nada, por lo que decidí marcharme antes de que el peso que sentía sobre mis párpados pudiera ser la causa de algún ruido que alertase de mi presencia.

A la mañana siguiente, como de costumbre, tanto Sibila como yo nos sentamos puntuales a desayunar como si aún tuviéramos una autoridad que lo ordenase. Bercia nos sirvió un pedazo de tocino ahumado y otro de pastel de carne de ternera. Miré la vajilla y las cenefas que la decoraban con una anticipada melancolía que me cerró el estómago cuando apenas había empezado a probar aquellos típicos manjares. Entonces dirigí la mirada al plato de Sibila. Ella tampoco tenía apetito.

Me miraba con su inquisitiva mirada turquesa.

No dispongo del valor suficiente para plasmar textualmente sus palabras, dado que mi memoria se paralizó durante esos instantes, pero las ideas principales estaban claras: no debo volver a espiarla nunca más y no me dirá qué hace durante las noches.

Durante el próximo mes intenté ignorar sus escapadas nocturnas, me centré en mis bordados y lecturas sin apenas dirigirme a ella. Pero cuando a primeros de mayo recibimos una carta de Alan en la que confesaba amar a Sibila profundamente, volví a la realidad: “ya no soy una dama que espera un marido al que impresionar con sus conocimientos de los clásicos o que tiene alguna posibilidad de tener hijos a los que hacerles gorros en invierno” me dije. Así que me dispuse a comenzar mis estudios religiosos, lo que me llevó a buscar numerosos volúmenes polvorientos al desván.

Entonces descubrí que justo delante de la mecedora en la que se sienta Sibila cada noche, en la pared, reposaba un cuadro que nuestro padre pintó antes de reunirse con nuestra madre y que dejó en herencia a mi hermana.

Enmarcado por una moldura dorada barroca, se encontraba una pintura al óleo de una pequeña cala bordeada por unas peñas escarpadas, y varada en la arena había una barca blanca con unas letras azules que rezaban “Mailena”. Tras observar detenidamente durante unos minutos aquella obra, me percaté de que en una esquina del marco reposaba un pequeño pedazo de papel en muy mal estado: era una factura que ascendía a una enorme suma de dinero pero no se podía leer bien el concepto de la compra.

“No puedo soportarlo más, en menos de un mes seré monja ¿qué importa que moleste a mi hermana con preguntas que no quiere responder?”. Así que decidí hablar

con ella, ¿qué había comprado? ¿De dónde había sacado el dinero? ¿Por qué observaba de forma tan obsesiva ese cuadro?

Lo cierto es que obtener respuestas de Sibila no era algo complicado de pequeñas, pero desde que nuestro padre falleció no articula palabra a no ser que sea muy necesario. Esta vez no se anduvo con rodeos, aunque no contestó a todas mis preguntas. “El dinero lo he obtenido de la venta de los pendientes que te dejó mamá, no estoy obsesionada con el cuadro, papá está ahí. Lo demás no te interesa”, dijo. Se acabó, mi hermana se había vuelto loca, no solo había vendido el último recuerdo que nos quedaba de nuestra madre, sino que además creía que nuestro padre, fallecido hacía más de medio año de una terrible enfermedad, vivía en un cuadro cuyo autor era él mismo y en el que ni siquiera había dibujado ser vivo alguno. ¿Qué podía hacer?

Apenas faltaba una semana para que llegara nuestro primo- Iba a llegar agotado, por lo que empezamos a preparar la casa y limpiarla, a comprar los mejores manjares del mercado, a sacar brillo a la plata...

Todo parecía tranquilo. Sibila ya no abandonaba cada noche su cama para observar el cuadro, sino que acostumbraba a quedarse durmiendo en mi habitación, puesto que esas eran nuestras últimas noches bajo el mismo techo. Hasta aquel día.

Me desperté como de costumbre y lo primero que me sorprendió fue que Sibila se había levantado antes que yo, lo cual era muy extraño en ella. Bajé al comedor y no la encontré. Fui a la cocina y no la encontré. Fui a la despensa y no la encontré. Fui al desván... y no la encontré...

Pero Sibila no era lo único que había desaparecido: la barca “Mailena” había desaparecido.

Lo primero que pensé es que, desde la primera vez que la vi, había sido una imaginación, que en realidad el cuadro era un paisaje sin nada más y que fruto de la tensión por la inminente llegada de Alan, de la incertidumbre sobre lo que hacía mi hermana en el desván, la pena del reciente fallecimiento de mi padre y la presencia perpetua de nuestra madre en mi mente, llegara a imaginar cosas que realmente no se encontraban en el cuadro. Pero al momento me di cuenta de que sobre la arena del cuadro había unos surcos que señalaban que la barca había emprendido una nueva travesía.

Alan, te escribo esto para que sepas por qué has encontrado la casa vacía. No puedo convivir entre los recuerdos de mis padres fallecidos y mi hermana desaparecida.

He empezado a pensar que el fantasma de la locura ha empezado a sobrevolar mi cabeza, pues he llegado a dudar si buscar a mi hermana en el plano material o en el “plano pictórico”. Por ello, he decidido retirarme al convento a llevar una vida tranquila antes de que mi mente sea incapaz de ver la realidad.

SEGUNDO PREMIO DE PROSA

ÁNGEL CASTELLÓ
(Segundo de Bachillerato D)

PESADUMBRES

Me hice amigo del silencio, de la angustia, del dolor; abracé los castillos de arena que las lenguas del inmenso no dudaron en humedecer; apreté la mano de la soledad, a la que la indecisión y la inseguridad acompañaban; con los brazos abiertos abundante lluvia recibí en el reflejo de mi alma, ahogando así las quijotescas quimeras que mi pensar turbaban. Huí del mundo iluminado, de los rayos, de los fuegos que a mi pecho dirigían su luz pretendiendo tornar en polvo todas las células que me componen, para después, cual fénix, reavivarlas repletas de ardor, robándome el aliento a cada encuentro con su mirada, consumiendo mi alma, que inexorablemente perdía ya su voluntad, regalándola a quien con su indiferencia mata y con su mirada revive.

Y así me adentré en el más profundo y remoto bosque, cuando la noche se hallaba en mitad de los dos polos, sin marcar el camino de vuelta, decidido a no volver: a no volver a contrastar su altivo y pasivo ser con mi aparentemente baja, insignificante y obsesiva pasión; a no volver a creer que las estrellas iluminan a mi favor ni que aquel rebelde y cegado arquero novato por mí vela y dispara.

Y no queda sino aceptar que por cobardía mi pena cumplo, siendo amigo del silencio, de la angustia, del dolor.

PADRES

PRIMER PREMIO DE POESÍA

JOAN PELOCHE LABRADOR , *Amé ya entonces los silencios.*

Amé ya entonces los silencios
el olor del rastrojo recién cortado
y el color del mar que imaginaba
y no conocía

de aquellas tierras me trajeron a estas orillas
y me fui llenando de ausencias
de los campos que me vieron nacer
a las ciudades que me esperaban
con sus crepúsculos ardiendo
con sus antenas y azoteas
y los carros de los basureros
inimaginables
con sus ruedas de goma
al aroma de la fábrica de café
al camión del hielo a los gritos
en los patios al bochorno del verano
a los días sin sombra a las calles
llenas de gente y tranvías
y todo revuelto en los primeros días
lejos de la tierra con la sonrisa
que era mía y que nunca perdí

se me fue haciendo la luz
y oculté la añoranza y me fui
haciendo grande en el reino de los grandes
lejos quedó entera mi infancia
llena de castañas de peces de fuentes

y de la blanca blancura de la flor de la jara
de la claror de la ventana nueva de la casa
que levantó mi padre con sus manos
de la lluvia en los olivares
del viento desnudo por todo el valle florido
y del silencio de las calles
que aprendí a amar
aquel silencio que ya nadie pide
inagotable
aquel que traje entre mis manos
como un breviario.

Barcelona, a 23 de abril de 2016, en el cuarto centenario de la muerte de Miguel de Cervantes y de William Shakespeare.